

TESTIMONIOS - En los años cincuenta, en un momento en el que la Iglesia no impulsaba precisamente la participación de sus fieles en oraciones interconfesionales, en la España nacionalcatólica el ecumenismo era algo

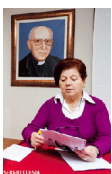


impensable. En ese contexto, el rector del seminario de Segovia, Julián García Hernando, estudioso de la Historia de la Iglesia, sufría porque sentía que el rechazo mutuo entre cristianos era un evidente antitestimonio.

Fue así como, años después, surgió un proyecto que, paralelamente, se vería ratificado por el cambio en el modo de relacionarse la Iglesia con el mundo.

El 6 de enero de 1962, el mismo año en que se inauguraba el “ecuménico” Concilio Vaticano II, García Hernando fundó en Segovia la congregación de las Misioneras de la Unidad, con el carisma específico de promover la unidad de los cristianos.

Conformada en un principio por cuatro hermanas, a los 11 meses se sumó Águeda García: “Nunca pensé en ser religiosa. Veía mi vocación hacia el matrimonio y estaba muy comprometida con la sección juvenil de Acción Católica, en La Granja. Pero todo cambió al hablar con don Julián. No sabía qué era el ecumenismo, más allá de cuatro cosas, aunque me atrajo la convicción y humildad con que defendía su obra. Todos le decían que era un error, pero él, apoyado por obispos como Enrique Plá y José María G^a Lahiguera, sabía que ese era el camino. Así me decidí a dar el paso”.



Poco después, le siguieron María José Delgado y Milagros González. Ambas, como Águeda, entraron en las Misioneras de la Unidad sin tener ninguna formación ecuménica –“en Segovia, por aquellos años, ni habíamos visto a un protestante”, recuerda entre risas la primera–. Les bastó “el querer entregarnos a la Iglesia y el testimonio vivo de don Julián, que ante todo era veraz y nunca tenía dobleces”.

Los frescos aires del Vaticano II

No tardarían mucho en comprobar el alcance de su aventura. Impulsadas por los frescos aires del Concilio, trasladaron en 1964 su residencia a Ginebra (Suiza), para colaborar directamente con el Consejo Ecuménico de las Iglesias, que tenía allí su sede. Allí permanecerían ocho años.

Mientras, en España, la Conferencia Episcopal ratificaba el cambio de línea situando a García Hernando al frente del Secretariado Nacional de Ecumenismo; tarea que desempeñaría entre 1966 y 1998 (falleció diez años después, a los 88 años).

María José asegura que es ahora cuando han asimilado lo que supuso el Concilio para todas ellas: “Nos dábamos cuenta de que era muy importante, sobre todo al ver el entusiasmo de don Julián. Fue con el tiempo, por todo lo que fuimos viviendo, cuando lo entendimos en toda su profundidad”.

El gran avance para la orden se produjo en 1972, con su traslado a Madrid. Allí crearon el Centro Ecuménico ‘Misioneras de la Unidad’, referente hoy en la organización de las principales citas ecuménicas que se dan en nuestro país, como los Encuentros Ecuménicos de El Espinar o el anual Octavario de Oración por la Unidad de los Cristianos, que se celebra estos días, del 18 al 25 de enero.

El ecumenismo no está dormido

Pese a que las Misioneras de la Unidad admiten que hoy se da “un considerable enfriamiento por parte de todas las Iglesias cristianas” en relación al diálogo ecuménico, no lo afrontan desde el escepticismo.

María José Delgado cree que “el ecumenismo no está dormido. Simplemente es que en cada momento histórico tiene su expresión. Tras el Concilio, hubo un período de júbilo, al que siguió

otro de aplicación en documentos. Hoy, el tiempo es de reflexión y oración. La unidad es una obra de Dios, no de las personas, por lo que sus tiempos no son los nuestros”.

MIGUEL ÁNGEL MALAVIA

Fotos: SERGIO CUESTA

www.vidanueva.es

Publicado: 24/01/2012